

Puntos sobre las íes en la literatura colombiana

SEGUNDA PARTE

Escribe: LUIS VIDALES

XV — LOS DEFENSORES DE LA ESPAÑA SOMBRIA

Palpita en Colombia un debate, más o menos soterrado, sobre nacionalismo y universalismo, en tanto que manifestaciones plausibles o vituperables de lo que ha sido, es y debe ser su cultura. Por tiempos, este debate irrumpe en la prensa periódica para caer luego en el olvido, sin solución del pretendido problema.

En el fondo, la verdad es que si se pone oído atento a las afirmaciones de unos y otros, se observan imprecisiones en la acepción misma de los vocablos empleados, lo que entorpece cualquier conclusión aceptable.

En general, a la expresión “nacionalismo” se le endilgan las formas no convenientemente elaboradas que se manifiestan en el viejo costumbrismo o en las pseudo-populares y harto proliferantes del llamado folclor. Naturalmente, si este fuese un argumento de peso, tendrían sobrada razón quienes miran con despego el “nacionalismo” en cultura. Pero ellos tampoco han dicho hasta ahora cuál es el “universalismo” que le anteponen a tales manifestaciones, con lo que este término queda fatalmente refundido en el hoy bastante comentado y estudiado “cosmopolitismo”, en el cual la cultura se desarrolla en una “tierra de nadie”.

Ahora bien. Si se entiende por “nacionalismo” la disposición del creador de penetrar a las profundidades de las fuerzas nativas de un pueblo, hasta desentrañar su índole y los rumbos subterráneos de su presente y de su porvenir, tal como lo han hecho todas las culturas del mundo, es posible que los partidarios del “universalismo” queden con ello colmados en su razonada preferencia, por cuanto siempre fue esa, y no otra, la ruta para incorporar a un país a la cultura general del hombre.

Estas aclaraciones, aparentemente necias, no lo son en realidad, por cuanto el costumbrismo tuvo como característica el no llegar a las profundidades del ser, quedándose en el “pintoresquismo” y por cuanto el folclor

agrega a su condición de "material en crudo" la gravísima de cargar con el peso muerto de los intermediarios, suspectos como lo son toda suerte de intermediarios.

Ni estos imanes, pues, ni los del "cosmopolitismo", que actúan en el cielo sin nubes de las ideas y los sentimientos, pueden facilitar el norte a una cultura a la que podemos reputar de "nacional" o de "universal". Por lo mismo, cuando señalamos en esta ojeada las dos corrientes que han alentado en nuestra literatura, nos referimos, en puridad, a la extranje-rizante o "cosmopolitista", de una parte, y de otra, a la de mero tanteo, intento o propósito de aprehender el universo nativo, sin haberlo logrado plenamente. Y es precisamente en este sentido que la corriente españolista de ayer, reverdecida en el hispanismo de hoy, debe ser destacada en todo estudio sobre la historia de nuestra literatura, como debe serlo la otra, que continúa su búsqueda por tomar la temática de lo circundante.

Quien lea *Los colonos*, de José Joaquín Ortiz, por ejemplo, encontrará allí una excelente defensa de la conquista, bajo el precipitado químico de que se trata de "una empresa universalizadora del cristianismo", fórmula que se repite en la retorta de todos los seguidores de esta línea literaria en nuestro país. Y, por oposición, expresiones muy diferentes encontrará si se detiene en el análisis del "costumbrismo".

Los temas de Ortiz —*La bandera colombiana*, *Boyacá*, *Al Tequendama*, *A Vasco Núñez de Balboa*, *Colombia y España*, *La Guajira*, *Galileo*, *La golondrina*, *Cartas de un sacerdote católico*, *María Dolores o historia de un casamiento* (novela), *El oidor de Santa Fe* (novela), *Huérfanos de madre* (novela), *El hijo pródigo* (drama), *Sulma* (tragedia), *El libro del estudiante* (didáctica), *El lector colombiano* (didáctica), *Compendio de historia sagrada* (didáctica), *la Divinidad de Cristo*, etc., etc., hacen de él, como poeta y como prosista, uno de los más excelsos y consecuentes mantenedores del movimiento españolista y católico en la cultura de nuestro país. No en vano recibe de Menéndez y Pelayo el calificativo, precisamente, de "excelso", excelsitud que raya muy alto en su poema *Los colonos*, en favor de los conquistadores peninsulares.

Obviamente, Jeremías Bentham, cuyas teorías liberales sobre educación adopta el gobierno de Francisco de Paula Santander, es rebatido por Ortiz en un libro que tuvo mucho predicamento en los medios culturales que le fueron afines.

Otro ilustre representante de estos es José Manuel Rivas Groot, quien deja en la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, en la *Refutación analítica de la Vida de Jesús por Renán*, y en múltiples artículos de costumbres, huella imperecedera de su fervor católico, como lente único de su análisis, el que ha recibido el calificativo de "parcial" por algunos de sus impugnadores. Miguel Antonio Caro, otra eminencia de esta corriente colombiana, quien fue a la vez corresponsal o correspondiente de Menéndez y Pelayo entre nosotros, lo compara nada menos que con don Miguel de Cervantes Saavedra, "por su arte de contar".

Naturalmente, una versión sobre la conquista como la de este carácter, es completamente respetable, así como lo es la de que ella rezuma de

la transculturación iniciada con la colonia, pero como tal debe ser señalada y valorada en la historia de nuestra literatura, sin que haya razón para que la crítica la silencie.

En resumen, la crítica literaria de nuestro país está obligada a elevar a la condición de "categorías" diferentes, destacadas y precisas, las dos corrientes transculturadoras que han alternado en Colombia: la primera de ellas, con la conquista y la colonia y su continuación en la república, que pugna por empotrar en la cultura nacional, en crudo, lo español, en su acepción menos popular; la otra, iniciada después de la independencia, con el costumbrismo —o quizás antes— con la Expedición Botánica y su estado mayor intelectual, cuya preocupación mantiene como punto de referencia el mundo que nos rodea.

XVI — LOS LIBRES

Es posible que sea excesivo este título de "los libres" para enmarcar a los escritores que escapan a ese criterio monacal que acabamos de reseñar. Pero el calificativo conserva toda su validez frente a intelectuales para los que la vieja versión sobre la conquista española no entra a ser motivo de sus preocupaciones literarias. Si se leen bajo este ángulo las **Memorias histórico-políticas**, de Joaquín Posada Gutiérrez, el lector se encontrará con una sustitución muy apreciable de aquella versión a favor del bolivarismo, expuesto en estilo vivo, candente y deleitoso, pese a la inclinación hacia el ditirambo. No es posible que estos escritores, o al menos algunos de ellos, no alienten la tesis tradicional sobre la conquista, pero ella ya no es problemática de su inspiración. Otras inquietudes, otros temas les atraen, desde la interpretación histórica hasta los motivos en que la creación literaria se expande más a sus anchas.

Vivo ejemplo de ello es Camilo Antonio Echeverri, espíritu paradójal, muy de la raíz antioqueña, y estilo entrecortado y aparentemente falto de hilación, quien dejó curiosas páginas sobre **El gallinazo**, **La pólvora**, **El murciélago** y, por sobre manera, la obra intitulada **Cartas del hospital**, testimonio de sus preocupaciones de enfermo, en que narra el tránsito de su vida disipada al seno de la religión católica, muy a la page de la conversión española —y muy al modo colombiano— con el persistente medioevo económico del país, en el que no es infrecuente la alterancia de bando político con los años, con todas sus consecuencias religiosas, como expresión, qué duda cabe, de la inter-relación económico-político-social que ata a los dos partidos tradicionales. En los literatos españoles de las viejas edades los "años del juicio" son también los años del arrepentimiento y la conversión, a la manera de Lope de Vega. En Colombia, ellos son el paso de la izquierda a la derecha, como una especie de reconocimiento tardío de las dificultades para la modificación de las estructuras sociales. De reconocimiento y de desencanto. Así ocurre a Camilo Antonio Echeverri, diablo de la juventud trocado en ángel senecto. Liberal de izquierda hasta 1875, ya se le ve figurar como conservador en la revolución de 1876 contra el Estado Soberano de Antioquia...

XVII — LOS POETAS DEL PUEBLO

Coetáneamente con los continuadores de la tradición teológica y con los libres (libres de ella, se entiende) solo con diferencias de pocos años, alientan los poetas que pudieran llamarse del pueblo, por las preferencias de su inspiración. De ellos, el más alto es sin duda Gregorio Gutiérrez González y su obra máxima podría ser la **Memoria sobre el cultivo del maíz**, vasto poema en que acaso por primera vez se mira con simpatía poética a los campesinos, con amor a la tierra y sus frutos y con sentimiento de glorificación al trabajo. Sin poseer propiamente contenido social, es sin embargo un vívido cuadro americano, de alcance realista, descrito además con léxico regional. El poema que con posterioridad a la muerte del poeta fue traducido al japonés y al inglés, no fue lo mismo que el resto de su obra, completamente del agrado de Menéndez y Pelayo, como lo comprueban los reparos a él señalados en sus medulares críticas ultramarinas. Lo cierto es que su poesía, romántico-sentimental, es terrígena y el mapa de su inspiración o, en otros términos, su "geografía poética", es típicamente colombiana o más precisamente "antioqueña", al igual que su sentido metafórico, en el cual el buceo poético se rige por la unidad emoción-inteligencia. En el poema **A Julia**, su esposa, le dice, por ejemplo, que sus dos almas van juntas como el perfume de las flores distantes unido por la brisa. En **¿Por qué no canto?**, se encuentra este mismo procedimiento metafórico en estrofas de tan singular belleza como esta:

*"No hay sombras para tí. Como el cocuyo,
el genio tuyo ostenta su fanal;
y huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va".*

Tanto a Gutiérrez González como a los demás poetas de su vena no debe considerárseles como figuras aisladas sino, en rigor de verdad, como incorporados al caudal del costumbrismo. Tal es el caso de Epifanio Mejía, poeta espontáneo, de acendrada sencillez, cuyo estro lírico se solaza en la exaltación de la naturaleza y de los animales humildes. Su **Himno del antioqueño** es un canto a la libertad, de hondos y conmovedores acentos. Su poesía, por lo general, se atiene a la asonancia, lo que le permite darle vuelo a la emoción elemental sin los lastres del retoricismo. En edad madura, este poeta grandemente sensible, sufrió perturbaciones mentales que lo condujeron al asilo de orates. Murió en él, en la ciudad de Medellín, a los 75 años, en 1913.

XVIII — LOS COSTUMBRISTAS

Las transformaciones más o menos subterráneas que se operan en la vida económica y social del país, a las que denominamos "la independencia" tienen sanción política en el gobierno de José Hilario López. Ellas estaban llamadas a repercutir dialécticamente en la literatura, bajo un denominar común: la identificación con el suelo nativo.

Y bien. Estas transformaciones no son tan exclusivamente colombianas. En todos nuestros países surge, con más o menos fuerza, la llamada "segunda generación", que se impone la tarea de dar un "segundo golpe" de independencia, después del de las armas contra España: el correspondiente a un reajuste nacional de nuestros pueblos.

La independencia no había modificado radicalmente las viejas estructuras y no había representado una mejora apreciable en la situación de la vasta colectividad popular, empobrecida y analfabeta. Históricamente, desde el punto de vista del desenvolvimiento de las fuerzas económicas de la sociedad, ella no se había propuesto tal empresa, y cuanto faltaba era solamente amoldar la vieja estructura dejada por España a la realidad presente. Tal es el carácter intrínseco del gobierno de José Hilario López, con sus reformas tributaria y de tierras, y su liberación de la esclavitud, lo que ocasionó el escándalo que aún no cesa en Colombia y la violenta diatriba que le endilgó en una de sus brillantes páginas literarias, desde España, don Marcelino Menéndez y Pelayo, bajo el motejo espantable de "socialista".

Pues bien. Si esta conmoción, llamémosla así, fue la fuente próxima de cuya atmósfera se nutrió el movimiento costumbrista, es preciso buscar sus raíces más profundamente, ya que el reconocimiento de la realidad circundante, que entonces resulta hallazgo sorprendente, había venido actuando como un hilo subterráneo de agua rumorosa, jamás cegada del todo, desde el alborear colonial. Si se nos forzara a trazar el cuadro sistemático de esa corriente vital de la literatura del país, citaríamos a Juan de Castellanos como su precursor. Y luego vendrían, en continuidad severa, fray Pedro Simón, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan Bautista Toro, Antonio Sánchez de Cozar Guanieta, Juan Rodríguez Freysle, Hernando Domínguez Camargo, la Madre Castillo, los escritores de la Expedición Botánica y la segunda generación de la independencia con el gobierno de José Hilario López.

Con estos antecedentes, es completamente claro que no debemos tomar el costumbrismo como un movimiento unitario, tal como se acostumbra en nuestros estudios, sino que, por el contrario, se hace indispensable hacer énfasis sobre la disociación radical que lo parte en dos alas perfectamente inteligibles, en torno a la manera como los escritores tratan el material nativo. Para unos de estos escritores, desgajados del viejo tronco tradicional-colonial, el hombre humilde de nuestro medio social es tratado con menosprecio, mientras que los otros suelen juzgar a los personajes populares de su ingenio con calor y simpatía humanos. Las páginas de nuestro costumbrismo (o criollismo como denominan al suyo en otros de nuestros países) están llenas de burlas y sarcasmos contra las costumbres del "ignaro vulgo", como lo están de bellos episodios del ambiente social en que el pueblo vive y trabaja, ama, sueña y sufre.

En tanto que revolución literaria, a uno y otro lado de sus dos campos, el costumbrismo no se expresa solamente en artículos y cuadros de costumbres. El interesa a la poesía, a la novela, a los libros de memorias y de viajes (sin contar, desde luego, su aplicación a las artes del dibujo y de la pintura). Frecuentemente se queda en una morosa descripción de la

naturaleza y de los episodios populares, sin anclaje en las honduras del ser, pero produce en ocasiones atisbos de lo social, que escasean en otros de nuestros países.. En la *Manuela*, de Eugenio Díaz, vaya de ejemplo, entra a la historia de la literatura (acaso por primera vez en América) la desigualdad social en que viven los campesinos. Los personajes de esta novela están bien trazados, el lenguaje es claro y correcto, el diálogo natural, la narración, por tramos, de irresistible encanto. El autor narra la vida de una familia en una de las haciendas de la Sabana de Bogotá. El personaje central, una campesina llamada Manuela, es toda una heroína dotada del vivo ingenio del labriego colombiano, a la que Díaz logra infundir extraordinaria simpatía. Posiblemente la vida interior de esta y los demás personajes de la obra sea pobre y esquemática. Pero no por ello deja la novela de ser un considerable aporte a la literatura del país, como lo son las demás de este autor, *El rejo de enlazar* y *los amantes de Chapinero* o su breve y hermosa narración *Una ronda de don Ventura Ahumada*.

Hay una curiosa variedad del colombiano, y no de los de menor encumbramiento intelectual, a la cual una novela de la Sabana de Bogotá o el relato de unos amoríos que se desarrollan en Chapinero, les merece el más olímpico desprecio. Alguna punta de "siutiquería" (para usar la maravillosa expresión de Lastarria) hay en ello, pero es lo cierto que este ánimo de ridiculez ha pesado grandemente en el porvenir de muchos de los corifeos del costumbrismo, prácticamente relegados al olvido, cuyos libros, o no están, o duermen con menosprecio en las bibliotecas, herméticamente cerrados. Y lo peor del cuento es que los muy "siúticos" tratan de levantar una pretendida interpretación de la "teoría de los valores" a costa de este remilgo, según la cual no es lo mismo decir en una novela que la cita de los personajes se concertó en "Eldorado", por ejemplo, que indicar que ella fue señalada en "La Rotonde", de París. Es esta una típica manera de pensar de la gente que se deja envolver por la atmósfera de países inmaduros, en que todo cuanto nos circunda sufre en el ánimo disminución peyorativa, se amortigua y minimiza, en tanto que lo extraño, así sea tonto, fofo o blandengue, es cubierto por el halo de nuestra admiración boquiabierta. Pura "siutiquería" de la que estamos invadidos, pese a un Carlos Arturo Torres, verbi gracia, y pese a todos los altos espíritus del país, pero "siutiquería" que en la crítica literaria no deja de hacer asomo, por dos razones potísimas: la primera, como una especie de examen de conciencia de quienes aspiran a diferenciarse de ellos mismos, y la segunda, como el ansia de separarse de los demás y alejarse de las fuentes del pueblo en que nacieron. Para ellos debe ser algo así como una desgracia dedicarse a la lectura de *Tránsito*, de Luis Segundo de Silvestre, otra novela colombiana de inspiración campesina, porque su acción tiene lugar en sitio un tanto distante de su "teoría de los valores", entre Purificación y Girardot, sobre una de las márgenes del río Magdalena. La narración se complace en la descripción de las fiestas populares, los bailes, las riñas de gallos, la pesquería, con vivaz colorido, que nos hace pensar, *ipso facto*, en el encanto con que el lector extranjero (europeo, pongamos por caso) se enfrascaría en la lectura, haciéndole con ello una modificación de varios grados a la famosa "teoría de los valores", basada en el peso específico, histórico, social, etc., que las cosas tienen de su trasegar entre los hombres. Es en este sentido, precisamente, que de Silvestre nos cuenta

en su novela las asechanzas de un rico hacendado a una bella campesina, Tránsito, que se ve obligada a abandonar el hogar y la aldea nativa, es hallada por su perseguidor y recibe de él la muerte, con lo cual se eleva a un plano dramático la vieja práctica feudal del "derecho de pernada". Como en casi todo el movimiento costumbrista, no brilla en esta obra la vida interior de las criaturas, pero de todos modos Tránsito es una novela realista y un testimonio de las costumbres del feudalismo criollo en nuestro país.

En la literatura de viajes el costumbrismo tuvo siempre mayor aceptación que en la novela, por parte de la crítica habitual, lo mismo que en el género de las memorias, y aun en los denominados "cuadros de costumbres". La *Peregrinación de Alfa*, de Manuel Ancízar, y las *Impresiones de un viaje al Cauca*, de Juan de Dios Restrepo, son excelentes libros de viajes que constituyen, en una época de aislamiento y dificultades de comunicación, vehículos apreciables para el conocimiento del país y de la índole de sus gentes. Los *Apuntes de Ranchería*, de José Caicedo Rojas, y las *Reminiscencias*, de José María Cordovez Moure, una especie de réplica del *Carnero*, de Rodríguez Freysle, son muy amenos libros de memorias. Cordovez gusta tratar al pueblo desde su altura social, sin esconder su acritud y en ocasiones la befa que le sugieren los usos y costumbres de la gente de abajo. Y Juan de Dios Restrepo, quien deja magníficos cuadros de costumbres, como *Los pepitos* o *petimetres* y *Una botella de brandy y otra de ginebra*, en que se mofa de los matrimonios entre gentes de clases sociales diferentes, también ridiculiza, con cierto tono moralizante, los aspectos negativos del ambiente social popular.

Para encontrar los hábitos y tradiciones del pueblo descritos en forma amable es preciso llegar hasta José David Guarín, quien gana renombre con *Un día de San Juan en tierra caliente*, *El maestro Julián*, sus novelas y sus innumerables cuadros de costumbres, chispeantes de donosura y simpatía humana. Con Eugenio Díaz y Segundo de Silvestre constituye la trilogía de auténticos representantes de la literatura popular en ese período. Pero no son los únicos. Entre los muchos que cultivan el costumbrismo con esta intención, Ricardo Silva, padre del poeta José Asunción, pinta la historia de un pilluelo bogotano, *El niño Agapito*, y los inconvenientes de *Un domingo en casa*, con vena graciosa y afectuoso tratamiento de los personajes.

Obra ya más elaborada, dentro de los primeros balbuceos por llevar el costumbrismo a territorios más decantados de la creación literaria, es el pequeño y magistral cuadro de costumbres *Las tres tazas*, de José María Vergara y Vergara, en el que representa los tres períodos económico-sociales más característicos del país hasta entonces: la taza de chocolate (o la llamada "patria boba"), de 1810 a 1816, año de la restauración de Morillo; la taza de café (o la vida santafereña) hasta 1848, y la taza de té (o segundo período de influjo francés sobre el país, con el ascenso al poder de Napoleón III). Como se colige, con Vergara y Vergara el costumbrismo tiende a salirse de sus moldes estrictos. Fue él uno de los más reputados intelectuales de su tiempo y hombre generoso a cuya influencia recurrían los jóvenes escritores en busca de padrinazgo, el que solía dispen-

sarles con gusto. Escribió la primera importante historia de la literatura colombiana, con amor por lo americano, a la que debe recurrirse aún hoy en busca de información.

XIX — LOS REPENTISTAS

El repentismo tiene validez como una de las expresiones de la “cultura verbal” y como tal pudo ganar vigencia, mediante ciertas condiciones del medio social, en Colombia y en otros de nuestros países. Hoy en día, acaso solo entre nosotros subsisten formas de esa expresión cultural, que tanto nos ha caracterizado. “El diálogo platónico —hemos dicho en alguna ocasión— a la vera del pocillo de café “tinto” o de la sopa de plátanos del almuerzo conmemorativo, ya que no bajo los plátanos griegos o al borde de la copa de vino anacreóntico, es algo de la envidia colombiana que en otras latitudes no entienden. En Chile, vaya de ejemplo, la cosa es bien agria. Es de su entraña sociológica el cuidarse, hasta la exageración, de no distinguirse de los demás, de donde resulta incluso una especie de “mudez”, que sube de las relaciones comunes hasta los niveles mismos de la cultura, bajo el determinante de la economía de las palabras y que seguramente se acendró en cuatro siglos de guerra con los araucanos, cuando era necesario tener un candado en la boca por el temor al costo de las indiscreciones. Lo cierto es que quien plantea un tema de cultura en aquel ambiente corre el grave peligro de caer en la sospección del interlocutor, precisamente porque la audiencia chilena no permite la menor distinción, o aquello que se le parezca, por fuera de lo estrictamente común y corriente. Los testimonios bien observados de este modo de ser no escasean. En alguna ocasión traté de esbozar, saturado de nuestra vida verbal colombiana, algún tema cultural que, desde luego, más que preocuparme me estaba quemando. Quien me oía, me detuvo al punto, con esta generosísima oferta: “Tal persona se interesa por estos asuntos. Se la presentaré para que usted un buen domingo de estos converse con él a discreción”. Naturalmente que en un medio como el nuestro la persistencia del uso verbal en los ambientes de la cultura alude, de una u otra manera, al escaso desarrollo de la labor editorial, de una parte, y de otra, a los límites obligados en que se desenvuelve la cultura en la prensa. En otros de nuestros países, por el contrario, puede decirse que estos límites son todavía más estrechos, pero el escritor labora en su casa para las empresas editoriales y, mal que bien se ha creado una esfera propia de su labor y de su aparición al público.

De esta manera, pues, aquellos repentistas de antaño gozaron del ambiente social que les era necesario a sus creaciones de improvisación. Mirando a fondo este curioso movimiento, acaba uno por toparse con que el repentismo fue, ni más ni menos, la expresión que correspondía a la pesada acumulación del retoricismo de que estaba cargado el ámbito cultural, con sus secuelas de preceptismo, educación confesional, memorismo y lavado dogmático de los cerebros (el más grande lavado de cerebro que se conozca, sin que nadie pare mientes en ello). El molde poético, el recetario, el ejercicio de la rima, permitían que los renglones cortos saliesen a relucir y aun se aplicasen a toda clase de menesteres. El “pie del verso” era algo resabido y sacramental, del que se partía para la aventura de la improvi-

sación, la que se regía por muletillas, también resabidas. Todo en aquel ambiente se torna, de pronto, "poesía". Hay una colección rimada de problemas de aritmética y álgebra, de Ricardo Carrasquilla, tanto como circulan en verso métrico las reglas latinas de la declinación y del régimen y la corrección de las palabras y frases usuales en el país. De esta estirpe es el **Tratado de ortografía** en verso, de José Manuel Marroquín, en el que todavía aprendimos la **c** y la **z**, la **v** y la **b**, la **x** y la **s** las gentes de nuestra generación. Para colmo, alguien intentó lanzar una tarifa de ferrocarriles y otra de aduanas en verso.

Empero, no obstante los estorbos que para la creación intelectual representó la artificiosidad del repentismo, no fueron pocos, como Ricardo Carrasquilla y Joaquín Pablo Posada, los que descollaron en él. Posada publica en su periódico **El Alacrán**, de Bogotá, agudas semblanzas de los personajes de la política y la sociedad, bajo el común nombre de "Camafeos", que son virtuales obras del género, de tan honda ironía, que en su vida menudean los contratiempos y lances. Maestro repentista en el arte de confeccionar décimas, el "Alacrán Posada", como se le llamaba, deja algunas joyas de gracia y humor, generalmente picantes, del orden epigramático. A un su amigo le endilga, tal como era su inveterada costumbre, décimas sobre décimas, en sucesión interminable, para espetarle un "sablazo", y al terminar le declara:

*"Quiero acabar: necesito
diez y seis pesos reales,
para conseguir los cuales
estas décimas he escrito.
Mándamelos que infinito
será mi agradecimiento
como lo es el firmamento,
y como el poder de Dios,
quien acá para "inter nos"
me tiene muy descontento".*